

presa, un dato, un recuerdo histórico, una referencia humana o literaria desvelada por esa cita que viene con la naturalidad propia de quien, como Leguineche, se pasa la vida —cuando el pulpo de Madrid le mantiene atrapado— "viajando por dentro" por sus mapas y libros.

El "tercer plano" constituye otra de las notas originales de este libro. Entre aquel loco viaje y la tarea de plasmarlo en folios, Leguineche ha vuelto a visitar muchos de los países que fueron hitos de su apasionante itinerario. Y esta nueva experiencia se incorpora también al relato mediante una especie de hábil flash forward (como dirían los cineastas) que confiere al conjunto una tercera dimensión sumamente enriquecedora.

Casi un centenar de fotos, impresas, por añadidura, con una nitidez inusual en este linaje de libros, nos meten por los ojos el gozo de refrendar lo que una pluma ágil y colorista nos había ya donado.

En resumen, El camino más corto se sitúa, por méritos propios, dentro de la mejor tradición de los "libros de viajes", tan escasos en nuestra literatura, ratificando al mismo tiempo que en la persona de su autor convive, con el cotizado periodista, un escritor de cuerpo entero. ■ BERNARDO DE ARRIZABALAGA.

## Paraíso, adiós

"Los hombres cometen el error de no saber cuándo ponen límite a sus expectativas".

(MAQUIAVELO)

Dino Pacio Lindin no es drogadicto, pero muchos drogadictos del bajo Manhattan son sus amigos y le saludan al pasar por la calle. Existen razones para esto. Pacio, gallego de pro nacido en una aldea de Lugo hace una cuarentena de años, además de profesor de Sociolingüística y Sociobiología en Universidades norteamericanas, trabaja en Nueva York desde 1971 en dos experimentos sociales: la rehabilitación de adictos y la creación de una especie de "universidad a domicilio" para jóvenes de origen hispánico que se ven perdidos en la selva neoyorquina, con la pobreza y el desarraigo cultural auestas. En el periódico "Nueva York Hispano", este gallego

## "Zona Abierta", con Claudín al frente

Dieciséis números ha cumplido "Zona Abierta" desde su aparición en 1974. Y al en un principio —por que las circunstancias de nuestro país obligaban a trazar órbitas parabólicas para referirse a cualquier cuestión de dentro— la revista se limitó a reflejar fielmente las importantes discusiones que se producían en el seno del marxismo a escala internacional, a partir del número 7, con el inicio del proceso de democratización, "Zona Abierta" comenzó a prestar atención a los problemas planteados por éste, sin descuidar empero el campo de los grandes debates teóricos, que habían sido hasta entonces su principal y forzada característica.

Todo esto nos lo recordaba el otro día, en una librería madrileña, el nuevo director de publicaciones, Fernando Claudín, en su presentación de ese número 16 con que "Zona Abierta" emprende ahora su tercera etapa.

¿Qué función le tocaba cumplir a esta "Zona Abierta" renovada? Por encima de todo, propiciar un debate lo más amplio y profundo posible entre las diversas fuerzas de la izquierda dentro de una perspectiva unitaria, sin soslayar los temas conflictivos, sino tratándolos a fondo. Sólo así podría consolidarse no cualquier democracia, sino una que realmente sentase las bases para un avance seguro hacia el socialismo.

Claudín aludirá a las invitaciones que se habían hecho para que en-

traran en el Consejo de Redacción de la revista, aunque siempre a título individual y nunca como representantes de sus partidos, a militantes tanto del PSDE como del PCE. En el primer caso no había habido problemas, allí estaba, por ejemplo, Javier Solana. En el caso de los comunistas, sólo Manuel Vázquez Montalbán, miembro del Comité Central del PSUC, había aceptado.

Para Vázquez Montalbán, que habló después de que Solana suscribiera las palabras de Claudín sobre el papel que debía jugar "Zona Abierta", el nuevo modelo de revista que representaba ésta exigía abandonar ciertos "tics" propios de la izquierda, encerrada muchas veces en compartimientos estancos, y acostumbrarse a una nueva manera de trabajar, asimilar normas y disposiciones culturales radicalmente distintas. Había que aceptar como normal el hecho de que en una mis-

ma publicación apareciesen artículos con los que uno podía estar de acuerdo junto a otros de los que acaso se disintiera. Era obligado promover debates profundos capaces de abocar en consensos duros, que no había que confundir con las frágiles componendas fraguadas en los effluvis de ciertas sobremesas.

Al final de la presentación de la revista hubo incluso su poquito de tensión. Alfredo Tejero, comunista de CC. OO., y colaborador de "Zona Abierta", negó lo afirmado por Claudín sobre que hubiese habido interferencias orgánicas del partido para evitar su incorporación al Consejo de Redacción del por ahora bimensual. Si no había aceptado la invitación, ello obedecía a cálculos personales, aunque naturalmente había discutido el asunto con algunos camaradas, que para eso están.

Tejero tampoco ocultó su disconformidad con el nivel y el tono del editorial —claramente muy crítico hacia la política de la "dirección del PCE"— con que se abría el primer número de la nueva etapa.

La aclaración de Martínez Reverte, director-editor, de que el tal artículo no era un editorial, pues estaba firmado por dos señores —él mismo y Ludolfo Paramio—, y la invitación inmediata a los presentes para que se dirigieran hacia las mesas donde estaban la tortilla y el vino que acompañan siempre estos actos, cortaron la polémica. ■ JOAQUIN RABAGO.

Fernando Claudín.



sabio y emprendedor describió así su tentativa: "A cualquier apartamento donde se reunían cinco o seis para estudiar se enviaba alguien a enseñar... Se le prepara para examinarse y obtener el diploma de la Escuela Superior y se les enseña el inglés como segundo idioma". A partir de 1973, la "universidad de los apartamentos" adquirió forma de una entidad educativa denominada Solidaridad Humana, que hoy da clases a varios miles de emigrantes de América Latina y España. La receta de Dino Pacio es sencilla y, en sus últimas consecuencias, subversiva. Parte del concepto de que educar es cambiar la conciencia sociocultural del mundo actual y actuar colectivamente. Su fórmula pedagógica es fruto directo del fermento revolucionario de los años sesenta que estalla en el mayo parisiense de 1968. Esta etapa, que tan visible cicatriz dejó en la mejilla de la sociedad capitalista, ha sido objeto de estudio por Dinavacio en un li-

bro: "Juventud radical, 1956/68" (1), publicado ahora en España tras haber sido prohibido en 1969 por el Ministerio de Información y Turismo correspondiente.

Si analizamos el libro, lo primero que podría decirse es que tiene sabor añejo, sus juicios parecen arqueología, pese a no haber transcurrido ni diez años desde que fue escrito. Por sus páginas corren en tropel esperanzas y lirismo impetuoso: un conjunto premonitorio de actitudes nuevas, de cambios revolucionarios, de desbandada burguesa. El mundo, como fruta madura, iba a quedar en las manos de los jóvenes puros, cultos, abnegados y solidarios. Se aproximaba —era ya inminente— una nueva era, un hombre nuevo. Esta juventud radical —decían sus apóstoles— no era una nueva clase social, sino la superación cultural de tal cate-

gorización. Ellos eran la Revolución Cultural (con mayúsculas), la otra, la revolución social, vendría en seguida como una consecuencia.

Hoy sabemos que para frenar esta fuerza juvenil, poderosa pero dispersa, bastaron el inmenso poder asimilador de la sociedad burguesa y el "consenso" mundial sobre determinadas zonas del mundo establecido por los supergrandes. Por lo menos, se ha aprendido esto: la revolución no se hace cantando folk y fumando yerba, y los problemas intelectuales no movilizan multitudes contra el poder. Pecaron de ignorantes los estudiantes del Manifiesto de Berkeley, cuando en 1964 dijeron que "en el siglo XX la esclavitud es la ignorancia". En el siglo XX, como en todos los anteriores, la esclavitud sigue siendo el hambre, el embrutecimiento, la angustia laboral, el miedo, la muerte, el dolor y la destrucción de los vínculos afectivos. Por supuesto que la ignorancia también, pero como un ingre-

(1) "Juventud radical, 1956/68". Dino Pacio Lindin. Ediciones Felmar, Colección Punto Crítico, Madrid.